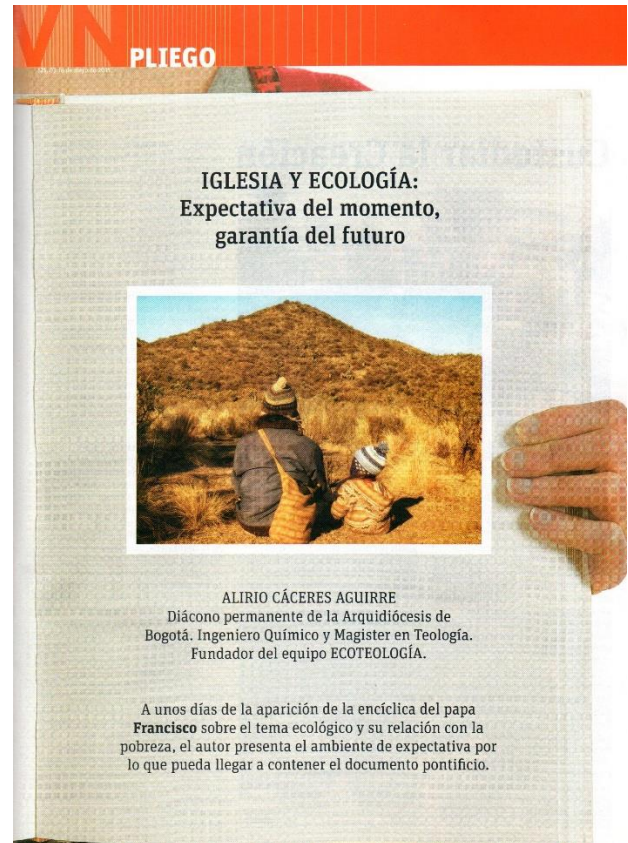
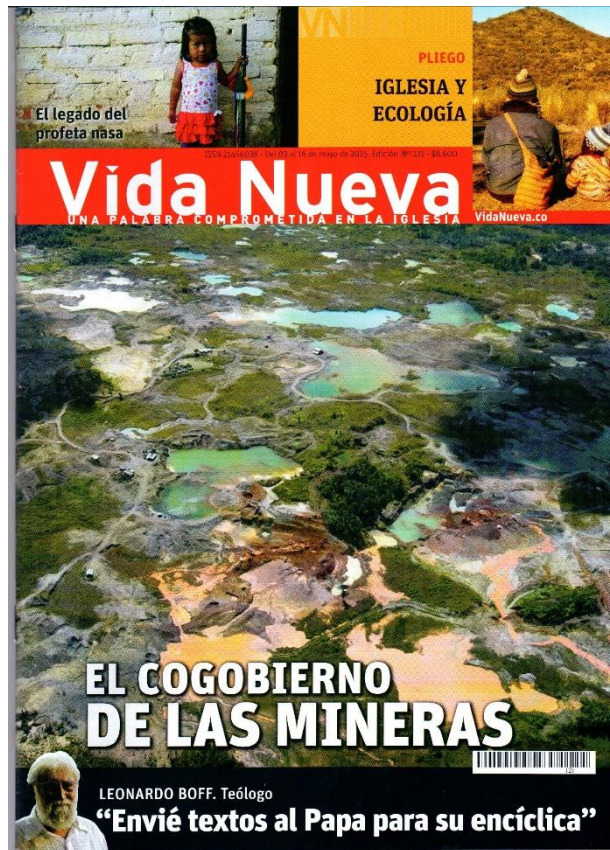


IGLESIA Y ECOLOGIA: Expectativa del momento, garantía del futuro

Publicado en www.vidanueva.co¹(mayo de 2015)



Desde hace varios meses, en los círculos del Vaticano, se viene anunciando la encíclica del Papa Francisco en la que abordará el tema ecológico y su relación con la pobreza. Este valioso y orientador documento eclesial es esperado desde finales del año pasado pero, todo parece indicar que, por fin, se divulgará en las próximas semanas. El Papa ha venido anticipando algunos contenidos en diferentes alocuciones, tanto así que ya se puede elaborar un perfil actualizado con las líneas gruesas del Magisterio Pontificio respecto a la cuestión ecológica.

La demora en publicar la Encíclica se atribuye a una estrategia de expectativa para tocar un problema tan sensible y con tan variadas interpretaciones. También algunos expertos consideran que el fracaso de la vigésima Conferencia de las Partes (COP) de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP- 20) realizada en Lima en diciembre anterior, pudo ser un aliciente para ajustar algunos de los enfoques e intentar incidir en la COP-21 también llamada “París 2015” que se llevará a cabo en esa ciudad desde el 30 de noviembre. Esta conferencia busca un nuevo acuerdo internacional sobre el clima, aplicable a todos los países, con el objetivo de mantener el calentamiento global por debajo de los 2°C. En este contexto, un pronunciamiento del Papa pudiera darle vigor a costosos y hasta

¹ http://www.vidanueva.co/wp-login.php?vnlogin=1&redirect_to=%2Fblog%2F2015%2F05%2F03%2F Iglesia-y-ecologia-expectativa-del-momento-garantia-del-futuro%2F (para suscriptores)

ahora, infructuosos esfuerzos por lograr pactos concretos de los Estados ante esta grave situación que tiene en vilo a la humanidad. La temperatura promedio de la Planeta Tierra se mantendrá en su rango, y las drásticas alteraciones en el clima cesarán, sólo si las personas, organizaciones y países reducimos la cantidad de gases emitidos a la atmósfera. Esto obliga no sólo a una reconversión tecnológica y adecuación ecológica, sino a un cambio cultural basado en la austeridad, solidaridad y consumo responsable. Un desafío no solamente técnico sino ético.

Además de la estrategia publicitaria y la oportunidad histórica, personas cercanas al proceso de elaboración de la Encíclica, descubren una tercera razón para la tardanza en divulgar el texto: un recelo de algunos sectores eclesiales referido a la antropología y cosmología que se pone en juego cuando se plantea la misión de cuidar la Creación desde un radical cuestionamiento al sistema económico “que tiene al centro un ídolo que se llama dinero”, y se caracteriza por la “prioridad del mercado” y por la “preeminencia de la ganancia”. Un claro ejemplo de la polémica teológica se recoge en este párrafo tomado del videomensaje dirigido a los participantes en la conferencia “Las ideas de la EXPO 2015 - Hacia la Carta de Milán”, el pasado 7 de febrero de 2015.

La tierra, que es madre para todos, pide respeto y no violencia o peor aún arrogancia de patrones. Debemos entregarla a nuestros hijos mejorada, custodiada, porque ha sido un préstamo que ellos nos hicieron a nosotros. La actitud de custodiar no es un compromiso exclusivo de los cristianos, implica a todos. Confío a vosotros lo que dije durante la misa de inicio de mi ministerio como obispo de Roma: «Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos “custodios” de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, custodios del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para “custodiar”, también tenemos que cuidar de nosotros mismos [...] No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura». Custodiar la tierra no sólo con bondad, sino también con ternura.

Llamar a la tierra, madre; interpretar que hay un designio de Dios en ella; abrirse al diálogo ecuménico e interreligioso para abordar la cuestión ecológica; interpelar la responsabilidad de los gobernantes; plantear una lógica de la ternura alterna a la lógica utilitarista, no son premisas que generen fácil consenso entre los simpatizantes de una episteme teológica basada en un antropocentrismo convencional y una imagen de Dios alejada de la historia y del devenir de sus creaturas.

La respuesta a estas inquietudes que, por ahora, se esgrimen, se obtendrá una vez se dé a conocer la Encíclica y se estudie a fondo su postura teológica y sus implicaciones eclesiales, sociales, políticas y económicas. Sin embargo, vale decir para el propósito de este artículo, que el documento pontificio no es el único indicador del lugar que está ocupando la ecología y la problemática ambiental en el pontificado de Francisco.

1. OPCIÓN POR LA AMAZONÍA

La Red Eclesial PanAmazónica, creada en septiembre de 2014 y presentada en Roma en febrero de 2015, es uno de los audaces proyectos que revela la posición de la Iglesia frente a la crisis ecológica. La REPAM, “fuente de vida en el corazón de la Iglesia”, marca un hito por la magnitud de la empresa evangelizadora. En un territorio común de importancia ecológica

invaluable, que cobija nueve países (Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil, Guyana, Surinam y Guyana Francesa), se plantea una pastoral de conjunto que integra diversos actores eclesiales en tareas de investigación, formación, defensa de los DD.HH, promoción humana, todo desde una perspectiva de desarrollo alternativo.

Uno de los presupuestos fundamentales de la REPAM es la gestión en territorio común, que es casa de muchas especies de fauna y flora, pero también de múltiples comunidades ancestrales indígenas, cada una con su cosmovisión cultural, y de diversas comunidades religiosas, cada una con su carisma y aporte específico a la evangelización. Así, el cuidado de la casa (oikos) implica una acción “ecológica”, un viraje “económico” y un sentido “ecuménico”. Tres palabras, tres dinamismos que se originan en esa conciencia de reconocernos hermanos bajo un mismo techo.

Este mismo principio de territorialidad que se antepone a las divisiones político – administrativas e incluso, a las circunscripciones eclesiales, se tendría que aplicar en otras regiones de nuestros países, en las que la base natural que sostiene la vida se caracteriza por la cuenca de un río, una cadena montañosa o un bosque tropical. Es decir, los seres humanos se adaptan a las condiciones de los ecosistemas y ejercen desde la humildad, una mayordomía que se pone al servicio de los ciclos de la naturaleza armonizándolos con la satisfacción de las necesidades de las personas.

Además, la relación que se propone entre el clero, religiosos(as) y misioneros(as) laicos(as) y los pueblos originarios no es asistencialista. El sueño es que en la REPAM participen activamente los indígenas en la toma de decisiones sobre la sustentabilidad de la Amazonía. Ellos no son un factor más. Su sabiduría ancestral cuenta para la supervivencia planetaria.

2. EN DIALOGO CON LA MINERIA

En septiembre de 2013, se realizó un encuentro del Pontificio Consejo de Justicia y Paz, presidido por el Cardenal Turkson, con ejecutivos de algunas corporaciones mineras. En forma similar, en octubre de ese mismo año, los empresarios tuvieron un día de reflexión en Canterbury, para acercarse a la Iglesia Anglicana. En principio, la intención ha sido establecer diálogo entre las partes para generar un pacto ético que conduzca a respetar los protocolos de exploración y explotación de reservas mineras, consultando previamente a las poblaciones afectadas y cumpliendo la normatividad ambiental.

A mediados del año pasado, circuló un borrador del documento “Un nuevo comienzo para la minería: hacia la segunda fase” en el que se establecen unos principios fundamentales para analizar la situación siguiendo el esquema ver, juzgar, actuar y se plantea un marco para proteger los derechos de los trabajadores mineros, las poblaciones afectadas, el ambiente y las próximas generaciones.

En marzo del presente año, se conoció un nuevo texto titulado “Minería en alianza”, en el que se propone “ayudar a los seminarios teológicos de diversas partes del mundo para equipar mejor a los pastores y líderes de la iglesia para servir a las comunidades afectadas por los proyectos mineros”. Este documento ha suscitado una gran polémica pues lo que se inició como un diálogo en el que la Iglesia puede incidir positivamente en la regulación de la actividad minera, corre el riesgo de convertirse en una forma de cooptación de las estructuras eclesísticas para favorecer los intereses de las corporaciones transnacionales.

Una de las reacciones más fuertes proviene de la Red “Iglesias y Minería”, constituida en Lima en noviembre del 2013, por religiosos, sacerdotes y laicos comprometidos en la base, y

fortalecida en Brasilia en diciembre de 2014, con la vinculación de la REPAM, el CELAM y del Consejo Latino Americano de Iglesias (CLAI). En las redes sociales circula desde de abril de este año, el documento “La Iglesia no se deja comprar: Carta abierta de Iglesias y Minería sobre la seducción de las empresas mineras”, suscrito por más de 40 organizaciones que critican esa manera de comprender la alianza Iglesia - corporaciones. En su respuesta, el Cardenal Turkson anunció un segundo encuentro con los ejecutivos de las empresas mineras, previa consulta con expertos y organismos eclesiales, y respeto a los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

Esta situación refleja otro de los dilemas que afronta la Iglesia en cuestiones ecológicas, pues si por un lado se ha tomado la iniciativa de incidir en las políticas y formas de operación de las corporaciones extractivistas, por otro lado, es evidente el riesgo de ser manipulados en favor de los intereses del sistema que con tanta vehemencia el Papa ha denunciado.

Para aportar al discernimiento de esta situación tan delicada, la Red “Iglesias y minería” le ha propuesto al Cardenal Turkson, un encuentro con víctimas de los proyectos mineros, con el fin de conocer una versión alternativa de los hechos. Una mirada a la realidad desde la óptica de los vulnerables, frágiles, empobrecidos, marginados y excluidos, constituye una típica característica del quehacer teológico latinoamericano y caribeño. Una Iglesia pobre y para los pobres, requiere también de un método para comprender lo que sucede y sus porqués.

Por su parte, el Departamento de Justicia y Paz (DEJUSOL) del CELAM, liderado por Monseñor Pedro Barreto Jimeno, uno de los principales referentes eclesiales frente al atropello de empresas mineras en la Diócesis de Huancayo (Perú), planea publicar una carta pastoral con orientaciones para que las comunidades de fe puedan sopesar los pros y los contras de la minería desde la perspectiva de la Doctrina Social de la Iglesia. El equipo interdisciplinario que asesora la elaboración del documento orientador, presentará en mayo una primera versión durante la Asamblea del CELAM.

Lo que sucede a nivel del Vaticano o en el ámbito latinoamericano, se repite a pequeña escala, cuando miembros de la Iglesia asumen posiciones proféticas en la defensa de la vida, el derecho a la consulta previa de las comunidades o sencillamente la transparencia de la legislación ambiental. Algunos de ellos han sido amenazados, desplazados o asesinados. Otros han sido seducidos con jugosas donaciones a cambio de servicios litúrgicos y sacramentales, o limosnas para obras arquitectónicas de las parroquias, lo que termina siendo una mordaza para denunciar irregularidades de las corporaciones. Una gran parte prefiere guardar silencio, por temor, indiferencia, o simplemente porque en su modelo eclesial no cabe un compromiso frente a la defensa y cuidado de la vida.

De otro lado, no se puede desconocer la importancia histórica de la actividad minera en la vida de nuestros pueblos, el peso que tiene en la economía de nuestros actuales gobiernos y el aporte a nuestra civilización tecnológica y mecanizada - ni siquiera la edición de esta revista sería posible si no mediara en “la historia de las cosas”, un proceso minero-energético o de transformación de hidrocarburos-. En estos escenarios extractivistas, también la Iglesia ha sido protagonista y de ello dan testimonio las numerosas advocaciones marianas y tradiciones religiosas que nutren la fe de los mineros.

En consecuencia, hablar de ecología desde la fe cristiana, no se agota en una admiración por las maravillas de la Creación, sino que remite a una posición política, encarnada en la historia, en la que la pregunta central sigue siendo el significado de “promoción humana” y los alcances y limitaciones del “desarrollo” según el querer de Dios.

3. EN DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Un hecho histórico, no suficientemente divulgado, ha sido la denuncia de siete casos de violación de DD.HH. de poblaciones indígenas y campesinas, que la Iglesia de América Latina y el Caribe, asociada con las Conferencias Episcopales de Estados Unidos y Canadá, y apoyada por el Secretariado Latinoamericano de Caritas (SELACC), la Confederación Latinoamericana de Religiosos y Religiosas (CLAR), la Comisión Amazónica de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB) y la Red Eclesial Pan-Amazónica (REPAM), presentó en Washington, el pasado 19 de marzo ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). En la audiencia pública sobre “Derechos Humanos e Industrias Extractivas en América Latina”, los Obispos presentaron casos emblemáticos de México, Honduras, Perú, Brasil y Ecuador con los impactos del modelo de desarrollo económico en la salud, integridad y condiciones de vida de grupos sociales. Además de la pasividad de los Estados, señalaron que un mecanismo frecuente es la criminalización de quienes defienden los Derechos Humanos cuando denuncian los atropellos de empresas extractivistas en el continente. Por eso, uno de los prejuicios que los creyentes deben vencer es el señalamiento como “subversivos” o “guerrilleros” de quienes desean obrar coherentemente con el Evangelio de la Vida en abundancia.

Que la Iglesia asuma su rol como actor político y sea vocera efectiva de los “sin voz” ante instancias jurídicas, marca un notable giro en el protagonismo eclesial respecto a la transformación de las instituciones. Sin duda, este es un reto mayúsculo que implica una gran madurez en la comprensión de la dimensión política de la fe y la necesaria colaboración interinstitucional.

Los cristianos(as) somos ciudadanos(as) y tenemos una responsabilidad ambiental derivada de nuestro credo. El Reino de Dios se evidencia desde acontecimientos concretos de la historia y por consiguiente, nada de lo humano nos es ajeno. Ante nuestro silencio, hasta las piedras gritan. Tal es el rasgo del nuevo signo de los tiempos que despunta en el fondo de la crisis ecológica, que como ya dijo San Juan Pablo II, es ante todo, una crisis moral de la humanidad.

4. HACIA UN PERFIL DE LA NUEVA ENCICLICA

En una entrevista concedida en su vuelo de regreso de Corea, el Papa anticipó lo que sería el núcleo de su texto:

Se trata de un problema no fácil, porque se trata de la custodia de la creación, también de la ecología (hay ecología humana); se puede hablar con cierta seguridad, pero hasta cierto punto. Y luego vienen todas las hipótesis científicas, algunas bastante seguras y otras no. Es una encíclica que debe ser magistral y debe salir adelante solo con las seguridades, con las cosas sobre las que estamos seguros. Si el Papa dice que el centro del universo es la Tierra y no el Sol, se equivoca, porque está diciendo una cosa que científicamente no funciona. Es lo que sucede ahora; debemos hacer un estudio párrafo por párrafo. Creo que será más pequeña, porque hay que ir a lo esencial, que es lo que se puede afirmar con seguridad. Se puede añadir en las notas al pie de página que sobre este o aquel argumento hay esta o esa hipótesis. Pero darlo como información, no en el cuerpo de una encíclica, que es doctrinal y debe ser segura.

Esto lo dijo en agosto del año pasado y en marzo de este año, en los días previos a la Semana Santa, se supo que dedicaría un buen tiempo para revisar una nueva versión del documento.

Algunos analistas ya están intentando responder a la pregunta ¿Qué se puede esperar de este trascendental texto papal? Al inicio de este pliego, mencionamos la identificación de algunas líneas gruesas que constituirían el cuerpo de la Encíclica. En una tónica de adviento, se presentan a continuación siete de ellas:

- **UNA ECOLOGIA INTEGRAL.** Tal vez uno de los puntos más difíciles para desarrollar es la afirmación “La ecología humana y la ecología ambiental caminan juntas” justamente por la antropología subyacente en la que se corre el peligro de reforzar el tan criticado antropocentrismo que ha separado a la humanidad de los vínculos con la Madre Tierra o diluir la dignidad humana como si fuera cualquier otro ser de la naturaleza. Lo que está claro es que el Papa no quiere caer en ideologismos sino plantear una correlación “Si destruimos la Creación, la Creación nos destruirá a nosotros”. Probablemente no haya en este aspecto una gran revolución epistemológica pero si una invitación a pensar integralmente las interrelaciones que sustentan la vida humana, sin polarizar la relación Hombre – Naturaleza, algo muy propio de la modernidad.
- **CULTURA DEL DESCARTE:** En esa visión integral de la cuestión ecológica, hay un interés por la vida de las personas que son víctimas de la “cultura del descarte”, una de las expresiones que más ha repetido el Papa en los últimos meses. “Esa es la mentalidad que genera la cultura del descarte que no respeta nada ni a nadie: Desde los animales a los seres humanos, e incluso al mismo Dios. De ahí nace la humanidad herida y continuamente dividida por tensiones y conflictos de todo tipo”. “Esta cultura del descarte nos ha hecho insensibles también al derroche y al desperdicio de alimentos, cosa aún más deplorable cuando en cualquier lugar del mundo, lamentablemente, muchas personas y familias sufren hambre y malnutrición” Es decir, hay una estrecha relación entre ecología y justicia social, y una crítica al modelo que relativiza la vida, endiosa al dinero, concentra los bienes en pocas manos y condena a la muerte a millones de personas. La ecología del Papa Francisco es aquella que se preocupa por la situación de los más débiles.
- **EL VALOR DE LA CREACION.** En consonancia con la tradición de la Iglesia, el Papa invitará al asombro por la “obra admirable del Creador”, y a descubrir en la naturaleza, esa “gramática” que indica finalidad y criterios para un uso inteligente, no instrumental y arbitrario. De ahí que Francisco no se cansa de repetir “La naturaleza no es una propiedad de la que podamos abusar a nuestro antojo, ni mucho menos es la propiedad de unos pocos, sino un don de todos que debemos custodiar”. Probablemente la metáfora de la “casa” sea más universal y sea menos polémica, “la tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos” (EG, 183) pero la imagen de la Creación como “madre”, podría ser sugerida en el texto y enriquecerlo (vale recordar que en el Documento de Aparecida, del cual el Cardenal Bergoglio fue uno de los redactores, incluye esta alusión propia de los pueblos originarios, que encaja en la reflexión bíblica sobre la tierra y en la espiritualidad de San Francisco de Asís, patrono de los cultivadores de la ecología)
- **LA TAREA HUMANA:** Desde el inicio de su pontificado, el Papa ha utilizado los verbos “cuidar” y “custodiar” para describir la responsabilidad de la humanidad en el Jardín de Dios. “Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas” (EG 215). En uno de sus tuits, precisaba que “la cuestión ecológica es vital

para la sobrevivencia del hombre y tiene una dimensión moral que atañe a todos". En este sentido, los imperativos planteados por sus antecesores tienen plena vigencia "Si quieres la paz, cuida la creación" (Benedicto XVI, 2010) y "Paz con Dios Creador, paz con toda la creación" (Juan Pablo II, 1990). La comprensión católica de la ecología siempre está asociada a la búsqueda de la paz basada en la justicia, la promoción humana, la no violencia, la cooperación entre los pueblos y el desarrollo.

- **DE LA CIENCIA A LA SABIDURIA:** La Encíclica no profundizará en temas científicos pero si explorará los ámbitos de la ética, la moral y la espiritualidad que están a la base de la crisis. Como lo escribió Tebaldo Vinciguerra. en uno de sus análisis para la REPAM "no es ingenuo paganismo ni fría tecnocracia, sino ecología con Transcendencia, con Encarnación".

El Grupo de Sostenibilidad y Ética Cristiana de Cristianismo y Justicia, una fundación de los jesuitas en Cataluña, lo expresa de esta manera: "La acumulación de conocimiento no es suficiente para generar cambio social, para transformar las conciencias y movilizar los corazones. El conocimiento demanda sabiduría, reflexión colectiva y transformación personal para poder traducirse en cambio social. Y es en este punto donde las religiones, expertas en humanidad, pueden jugar un papel clave."

- **LA ALEGRIA DEL EVANGELIO:** La Encíclica seguirá enfatizando en la identidad cristiana que la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium ha resaltado. En el mismo numeral 215, el Papa plantea: "Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte que afecten nuestra vida y la de las futuras generaciones". Esta comprensión profundamente humana, se convierte en puente de diálogo con otros credos, espiritualidades y culturas con el fin de buscar soluciones a un problema común. El debate ecológico es uno de los nuevos aerópagos en los que la Iglesia puede anunciar la Buena Nueva del Reino, pero a la vez, es un pretexto para repensar nuestra fe, revisar los imaginarios sobre Dios, naturaleza, ser humano, resignificar la catequesis sobre la teología de la creación, renovar el sentido litúrgico y sacramental del compromiso ecológico, y dinamizar la acción evangelizadora.

No es que la ecología se convierta en otro campo de la Pastoral Social, sino que integra y cohesiona la esencia del proyecto cristiano y le da un norte a la misión eclesial en el mundo de hoy. Salir a la calle al encuentro del Señor implica una reconciliación con la Creación para acompañar a los caídos en el camino (muchos de ellos víctimas de injusticias ambientales) y ser fermento de transformación social para alcanzar "formas de vida con menos derroche y más austeras, que no sean tanto expresión de codicia cuanto de generosidad para la protección del mundo creado por Dios y el bien de su pueblo"

- **REFORMAS A LA IGLESIA:** Tal manera de evangelizar las relaciones consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con Dios, también implica una reforma de estructuras. El grupo de Cardenales encargado de repensar la curia vaticana ha propuesto la "institución de una sección del dicasterio dedicado a la ecología: a las condiciones de tutela y desarrollo del hábitat natural, humano y social" manteniendo el espíritu de caridad, justicia y paz que atraviesa todo el Pensamiento de la Iglesia.

El pasado 12 de febrero, durante una rueda de prensa sobre el consistorio para la reforma de la curia romana, Federico Lombardi anunció que “sentimos que aumenta la consciencia y la importancia del estudio de estos temas – el ambiente y la defensa de la Creación –, y muchas indicaciones llegarán con la encíclica en la que el Papa está trabajando”.

La pregunta por el lugar que debe ocupar el cuidado de la Creación en las estructuras pastorales queda abierta a la creatividad en cada conferencia episcopal, diócesis o parroquia. Esta será una de las tareas operativas que se derivarán de la Encíclica.

5. APORTES DE LA ECOTEOLOGIA A LA ACCION EVANGELIZADORA

Al hacer un balance de las primicias de Francisco sobre la misión evangelizadora de la Iglesia frente a la crisis ambiental y presentar los avances en el compromiso profético de los organismos eclesiales y comunidades religiosas a nivel latinoamericano y caribeño, se abren muchas ventanas de esperanza y optimismo. Sin embargo, también queda abierto el interrogante por las razones que impiden que esa “primavera papal” se convierta en “primavera eclesial”. Aún son muchas las quejas ante la apatía y contradicción del clero, la vida consagrada y los fieles laicos respecto a los atropellos a la dignidad de la Creación, de la cual los seres humanos somos arte y parte. No se comprende el por qué el Papa hace signos de cambio pero a escala local no repercuten. Algunos se preguntan si estamos ante un show mediático o vivimos realmente un cambio de paradigma de la Iglesia.

Estos amplios interrogantes cobran especial significado cuando se plantea el compromiso ecológico de las Iglesias locales, en aspectos tan específicos como la protección de la Amazonía, el discernimiento profético frente a los proyectos extractivistas, la defensa de los DD.HH., el giro en la comprensión de lo que es evangelizar en el mundo de hoy.

Se conocen pronunciamientos de conferencias episcopales sobre el tema minero, a partir del 2012. Es decir, es un tema reciente que ha preocupado a los obispos de Guatemala, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Panamá, Honduras, entre otras. Sin embargo, estos documentos aparte que son poco divulgados, se han quedado en el plano de la exhortación. La realidad de nuestros países contradice lo que allí se ha escrito. ¿Ha perdido la Iglesia su capacidad de incidir en la transformación histórica de nuestras sociedades? ¿Se han errado los mecanismos de comunicación del mensaje de Cristo en contextos de pluralismo cultural? ¿Se ha extraviado esa capacidad de inculturar el evangelio y evangelizar las culturas, percibiendo las semillas del Reino, y advirtiendo las novedosas formas de Revelación de Dios?

Si el Papa da ejemplo, si el CELAM rompe esquemas, ¿Qué es lo que impide que nuestros curas párrocos, diáconos, religiosas y religiosos, familias asuman con entereza su responsabilidad en el cuidado del ambiente? ¿Es tal el poder de las armas, la corrupción, el dinero que nuestros principios morales flaquean? ¿Fracasan nuestros lazos de solidaridad ante el hechizo de las fuerzas que dividen para reinar?

En noviembre del año pasado, la CLAR realizó un seminario sobre el cuidado de la Creación en Lima. En este año de la vida consagrada, hay numerosos signos de compromiso cada vez más encarnado pero también indicadores de resistencia al cambio, apegos a las zonas de confort, y lentitud para “salir” al encuentro de Jesucristo. Se arma “lío” en las congregaciones cuando se quiere asumir coherentemente la fidelidad creativa al Evangelio.

Las comisiones de Justicia, Paz e Integridad de la Creación de la conferencia de religiosos, la familia franciscana, los misioneros combonianos, claretianos, carmelitas, marianistas, el sector social de los jesuitas,..., por citar algunas, han dado pasos gigantes para asumir este nuevo areópago pero aún falta mayor vigor y entusiasmo para salirle al corte de un avasallante sistema de muerte que causa heridas irreparables en los ecosistemas y las biografías de las personas. El asunto ecológico es cuestión de tiempo y de escala. Es necesario comprender qué es lo que sucede en los ciclos de la naturaleza cuando intervenimos con tal barbarie o dormitamos con tanta indiferencia. Una fase imprescindible para pensar teológicamente y actuar ecológicamente es la alfabetización ambiental. Necesitamos beber de las disciplinas que estudian el ambiente para interpretar el querer de Dios en esas circunstancias que estropean el jardín del Creador y tienen en riesgo la supervivencia de la humanidad.

Recientemente el Papa se quejaba: “Cuando oímos que la gente se reúne para pensar cómo custodiar la Creación, podemos decir: 'Ah, no, son los verdes'. ¡No, no son los verdes! ¡Esto es cristiano! Es nuestra respuesta a la 'primera creación' de Dios. Es nuestra responsabilidad" ¡La primera respuesta al trabajo de Dios es trabajar para custodiar la Creación! Esto no es Nueva Era, ni gnosticismo, ni politeísmo. La dimensión ecológica está en el ADN del cristianismo. Muchas veces el celo a la ortodoxia engeguece e impide el profetismo ecológico. Tendríamos que espantar fantasmas y ahuyentar temores para reconciliarnos con la Creación. Volver a vernos como Adam, hijos de la Adaham (tierra roja), don de Dios.

En esa dinámica de alfabetización ecológica es fundamental caminar el territorio, sentirnos parte de él. ¡Cuántas de nuestras catequesis y homilías se fundamentan en la ignorancia de la “casa” en la que vivimos! Además de incorporar el conocimiento sobre problemas globales como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, el consumismo, los combustibles fósiles, los megaproyectos, es definitivo, que crezcamos en una “inteligencia territorial”, es decir, en la capacidad de reconocer los ritmos de la naturaleza en el lugar donde vivimos y trabajamos, interpretar la vocación del territorio, su historia, sus potencialidades y limitaciones para adaptarnos a él, satisfacer nuestras necesidades y propender por un Buen Vivir. Por supuesto, esta no es una tarea autónoma de la Iglesia, necesitamos articularnos con otros creyentes, instituciones del Estado, ONG, establecimientos educativos, empresas para discutir, discernir, acordar el modelo de desarrollo, que Aparecida define como “alternativo, integral y solidario, basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamenta en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y que supera la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos” (N° 474 c)

A la vez tenemos que revisar nuestro estilo de vida, calcular el impacto ambiental de nuestras acciones, conocer la historia de nuestras cosas (lo que comemos y bebemos, con lo que nos vestimos, transportamos, comunicamos, aseamos, etc.), asumir consumos responsables; reducir, reusar, reutilizar, reciclar, reflexionando en red; convirtiendo nuestras casas, en aulas ambientales, (al fin y al cabo, la Iglesia es casa y escuela de comunión, una comunión que abarca todo lo creado), reconociendo que cada hogar es un santuario de la vida.

Hoy por hoy, el equilibrio de este globo azul está amenazado por proyectos extractivistas, algunos necesarios para obtener materiales con los que se construirán equipos médicos para salvar vidas, infraestructura para vivir más cómodamente, aparatos electrónicos para comunicarnos, investigar los secretos del cosmos, etc pero otros minerales no justifican los costos ambientales y los esfuerzos del trabajo humano, pues sólo favorecen a ciertas élites o resuelven problemas temporales, dejando cicatrices a muy largo plazo. Frente a ello, en la Iglesia sólo nos queda estudiar, orar, trabajar, celebrar juntos. No se trata de asumir posturas

contestatarias sin mayor fundamento. El aporte de las comunidades cristianas es ayudar a discernir el bien común, pero para eso, se requiere conocer a fondo el negocio de las empresas extractivas, participar en las consultas previas, sopesar los factores favorables y desfavorables, denunciar las actividades ilegales e ilícitas, proponer caminos alternativos para un desarrollo sustentable. Esto implica que términos como “fracking”, “sísmica”, “cielo abierto”, “hidroeléctrica”, “desarrollo”, sean estudiados y profundizados. No es posible hacer planteamientos teológicos descontextualizados.

En este sentido, vale la pena resaltar que el discernimiento ético frente a los proyectos extractivistas se resumen en estas frases: a) “minería sí, pero no así”, refiriéndose al método con el cual se extraen los minerales, algunos de los cuales deben ser rechazados por su agresión a la base natural que sustenta la vida y otros deben ser regulados científicamente para que cumplan su objetivo sin causar perjuicios. b) “minería sí, pero no aquí”, refiriéndose que hay lugares en los cuales debe restringirse la actividad minera, por el valor del suelo prima sobre el del subsuelo, ya sea por el patrimonio que representa a culturas ancestrales o la significancia para el ecosistema, especialmente en la producción de agua, sin la cual no existe vida en el Planeta. c) “minería sí, pero el dinero ahí” refiriéndose a que las ganancias sean reinvertidas en compensar los daños ambientales y garantizar salud, educación, empleo, vivienda, recreación a las comunidades. Tristemente en los lugares donde mayor explotación minera, carbonífera o petrolera hay, se presentan mayores índices de corrupción, descomposición social y violencia, agravando el problema estructural de la fuga de capitales hacia el extranjero y el aumento de la deuda externa que condena a la muerte prematura a nuestros pueblos.

En esta matriz existencial, de conocimiento del territorio, conciencia del consumo y actitud crítica frente a los megaproyectos extractivos, se puede gestar un pensamiento teológico renovador, en un discipulado misionero del Evangelio y con un horizonte de verificación de esa impronta cristiana: comunidades de fe, que viven solidariamente, practican la justicia y celebran una eucaristía permanente, desde que sale el sol hasta el ocaso, transformando los fruto de la tierra y el trabajo humano, y transformándose, en una ofrenda viva y agradable a Dios Creador.

Ante el anuncio del Jubileo de la Misericordia, la expectativa por conocer, asimilar y aplicar la Encíclica, la preparación de la visita del Papa Francisco a nuestra “oikos” y el hallazgo del inmenso amor de Dios en la obra de arte que es su Creación, recogemos estas líneas y dejamos que el Espíritu Santo, la Ruah que renueva la faz de la Tierra, continúe su labor en el sagrario de cada conciencia. Así, “dejémonos renovar por la misericordia de Dios y hagámonos instrumentos de esta misericordia, cauces a través de los cuales Dios pueda regar la tierra, custodiar toda la creación y hacer florecer la justicia y la paz”.

i

ⁱ Alirio Cáceres Aguirre es secretario del grupo de AMERINDIA – Colombia. Es Diácono Permanente de la Arquidiócesis de Bogotá y está iniciando su servicio como Animador Arquidiocesano para el Cuidado de la Creación. A la vez, es coordinador de la Mesa Ecoteológica Interreligiosa de Bogotá D.C. (MESETI). Está adelantando una investigación sobre la interpretación soteriológica del extractivismo en Colombia. Colabora en el equipo asesor del CELAM sobre actividades extractivas (DEJUSOL) y con la red “Iglesias y Minería”. Fue el fundador del Equipo ECOTEOLOGIA en la Pontificia Universidad Javeriana. Además, por su formación como Ingeniero Químico y Educador, actualmente se desempeña como asesor y consultor de proyectos ambientales, ecopedagógicos y pastorales. Estará en el Congreso Continental de Teología (Belo Horizonte, octubre 2015) animando un taller sobre ecoteología con el profesor Afonso Murad.